

CONSTANZA E. TRUJILLO A.*

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDEA EUROPEA: LA PERSPECTIVA HISTÓRICO-CULTURAL, MÁS ALLÁ DE LA 'IDENTIDAD'

Resumen

El artículo explora el contenido de la idea de Europa, con el objetivo de mostrar que no está definida por la "identidad" como un resultado producto de la historia, la geografía, o los aspectos económicos, sino por un conjunto de factores, en parte aleatorios, que la han ido constituyendo a través del tiempo. La aproximación cultural (en este caso histórico-antropológica) a las características de lo europeo se efectúa comenzando con la misma idea de Europa, que se analiza desde sus comienzos como el resultado de una amalgama de culturas como la cretense, la fenicia y la egipcia, con el aporte y el discurso que al respecto han tenido los griegos, los romanos, las tentativas de unidad europea desde Carlo Magno y Carlos V, hasta la Unión Europea de nuestros días.

El estudio de las estructuras simbólicas e históricas que han construido una idea de lo europeo ha sido multiforme y no siempre idéntico. Además, concluye la autora, no puede definirse a Europa en términos de una 'identidad' fija que sea necesario proteger a toda costa frente a intrusiones

* Doctora en Historia, Universidad de Ginebra e Instituto de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París. Correo electrónico: constanza.trujillo@bluewin.ch.

culturales externas. Por el contrario, se trata de un proceso o 'configuración' sociohistórica que permite que en futuras ampliaciones países que por su pasado no podrían aspirar a ser miembros de la Unión Europea, pueden llegar a serlo por su futuro; tal es el caso en especial de Turquía y Ucrania.

Palabras clave

Identidad europea, cultura europea, estructuras simbólicas e históricas, ampliación, multiculturalismo, Occidente.

Abstract

This article explores the idea of Europe in order to show that it is defined not by "identity" as a result or product of history, geography or economic factors, but by a set of partially random factors that have gradually shaped the idea over time. The cultural approach to Europe's characteristics (in this case historical-anthropological) starts by analyzing the idea of Europe from its origins as an amalgam

of Cretan, Phoenician, Egyptian and other cultures, which later absorbed Greek and Roman contributions and thinking, followed by the attempts by Charlemagne and Charles V to unify Europe, and culminating in the modern-day European Union. The symbolic and historical structures that have shaped the idea of Europe have taken a variety of different forms. Furthermore, the author concludes that Europe cannot be defined in terms of a fixed "identity" that must be protected from external cultural interference at all costs. On the contrary, it is a socio-historical process or "configuration" which, in future enlargements, will allow countries that formerly could not aspire to become members of the European Union to become future members. This applies especially to Turkey and the Ukraine.

Key words

European Identity, European culture, Symbolic and historical structures, Enlargement, Multiculturalism, West.

Introducción

Mucho se ha escrito en épocas recientes sobre la construcción de Europa, en especial sobre los grandes temas políticos y económicos que se refieren a la Unión Europea como tal; sin embargo, la *idea de Europa* es diversa, y lo ha sido dependiendo del país o región, de aquellos quienes la han expuesto y de la época histórica en que lo han hecho. En efecto, desde la segunda mitad del siglo XX, la referencia a la Comunidad Económica Europea (CEE), y de manera más general a las Comunidades Europeas,¹ se hizo familiar. En una época más cercana, hemos comenzado a hablar de la Unión Europea, nominación que indica un proceso más complejo, de naturaleza político-social y no sólo económica hacia la integración; pero surge siempre la pregunta acerca de los límites geográficos, ideológicos o culturales de esa Europa que se encuentra en proceso de construcción. En efecto, las referencias a la reciente ampliación de la Unión Europea y a las ampliaciones futuras traen consigo un debate que tiene sus raíces en la historia sobre la definición de los límites no sólo de la Unión, sino también de la idea misma de Europa.

Para la izquierda, los conceptos fundamentales son de naturaleza social y política y tienen en cuenta, a la vez, los valores propios de las democracias occidentales. Para la derecha, Europa debería tener un referente en torno al cristianismo y a su tradición, sin olvidar los valores políticos de libertad e igualdad. Para las corrientes de centro, el planteamiento es ambivalente; algunos hablan de Europa en términos de identidad histórica o geográfica, y otros de identidad cultural. ¿Cuáles son en definitiva los límites y la naturaleza de 'lo europeo'? Este artículo pretende contribuir a esclarecer el tema, al mostrar que la *idea de Europa* ha evolucionado a través del tiempo y el espacio, y que lo que hoy llamamos Europa, más que una identidad definida e inmutable, es una idea en construcción permanente. Por ello resulta indispensable hablar de las configuraciones histórico-culturales que han dejado una huella en la construcción del continente.

En esa dirección, por razones de orden religioso y político, países como Ucrania, Turquía, Bielorrusia, Armenia o Azerbaiyán no podrían ser parte de la Unión Europea; pero a través del prisma de una 'configuración', las consideraciones históricas y culturales

¹ Esta denominación comprendía tanto a la Comunidad Económica como a la Comunidad del Carbón y el Acero (CECA) y a la Comunidad de energía atómica (EURATOM).

son otras. Claro está, corresponde a los gobiernos y a los pueblos de la Unión definir hasta dónde podría llegar la Europa del futuro. Hoy en día tendríamos una curiosa paradoja: la idea de la Unión Europea está a punto de trascender los límites de la concepción europea del siglo pasado. La CEE y luego la Unión tuvieron sus límites más hacia el occidente de la que se consideraba como la frontera geográfica de Europa. Algo nuevo en la historia del mal llamado viejo continente comienza a aparecer, y va más allá de un simple 'renacimiento' de la idea de Europa como totalidad.

Los aportes y limitaciones del historicismo

Ante todo, cabe decir que el concepto de Europa es el fruto del aporte cultural de civilizaciones muy diversas, porque surge en el rincón oriental del Mediterráneo, que incluye a Fenicia, Egipto y Grecia en sus orígenes. Posteriormente, el peso de Roma y, sobre todo, de su disolución, como veremos, es relevante. La pregunta pertinente hoy en día es si algunas civilizaciones que han marcado el mundo mediterráneo, como la otomana y la árabe, y que han estado presentes en el suelo eu-

ropeo, han incidido de manera determinante en la formación de Europa, para considerarse parte de su proceso del futuro.

En efecto, la *idea de Europa* ha tomado forma no sólo mediante los acuerdos políticos y económicos, que únicamente son la parte visible y nueva de ese proceso. Está arraigada en las representaciones colectivas, que evolucionan en tiempos más prolongados, como una fuerza profunda y no siempre detectable en el corto plazo: esa precisión y evolución se da a la manera de lo que Norbert Elias² determina como una "configuración", es decir, una construcción sociocultural que se precisa a través de un conjunto de valores compartidos por los miembros de una misma sociedad, pero que evoluciona y se desarrolla en el tiempo y en el espacio, integrando nuevos y diferentes rasgos. A diferencia del concepto de "identidad", que puede aparecer como fijo y discriminatorio respecto al Otro, la configuración pretende integrar a su "contrario", no tiene mucho en común, como se ve, con las precarias tentativas de explicación economicista de la historia o con los esbozos de historia política que quisieran ver en todos los procesos a través del tiempo sólo las rupturas con el pasado, sin examinar las continuidades y reelaboraciones del legado cultural y de visión del mundo.

² Elias, Norbert, *La sociedad cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, pp. 24-30.

Los especialistas sobre Europa conocen ampliamente los diferentes tratados y convenios que durante décadas han llevado a concretar la configuración de la actual Unión Europea. A veces es difícil concebir que ese espacio europeo, que aparece hoy más o menos definido, cada vez más unificado en cuanto a pautas y normas se refiere, fue el escenario de múltiples diferencias, conflictos e, incluso, de dos guerras mundiales.

Para discernir el legado cultural, religioso y político de las distintas civilizaciones,³ ya citadas, que prosperaron en el suelo europeo, es necesario volcarnos atrás en la historia. Podemos compartir el punto de vista del historiador de la cultura Lucien Febvre, quien se refiere a Europa como una unidad “histórica reciente”. Para él Europa es una creación de la Edad Media, “...una unidad histórica hecha de diversidades, de pedazos, de restos de anteriores unidades históricas...”. Debe insistirse en el hecho de que los rasgos y valores que distinguen hoy en día a los europeos son el resultado de diversas configuraciones, es decir, de múltiples cambios, adap-

taciones e integraciones, y no de una ‘identidad’ heredada, precisa e inamovible.

El asunto es pertinente hoy día, cuando se trata de precisar los límites eventuales de la Unión Europea en el futuro: si permanecerá con 25 miembros o si Turquía, los países de los Balcanes o algunos del Cáucaso e incluso del Magreb podrán engrosar en algún momento las filas de la Unión. Si se le mira desde la perspectiva de la identidad, quizá la respuesta deba ser negativa en la mayor parte de los casos; si se le mira desde la óptica de la geografía o la historia, la respuesta podría ser semejante. Sin embargo desde la perspectiva de las configuraciones históricas, la respuesta podría ser positiva en el próximo futuro. Desde el punto de vista conceptual, este debate representa también un enfrentamiento entre las escuelas historicistas clásicas (que insisten en la génesis y el transcurso pasado de los procesos) y una visión desde las fuerzas profundas de larga duración, que incluyen en sus consideraciones la posibilidad de cambios cualitativos y hechos nuevos en los procesos históricos.

³ A partir de Febvre, Lucien, *L'Europe, genese d'une civilisation*, París, Perrin, 1999, p. 67. Sabemos que esta palabra tiene dos sentidos. Uno, bastante general, referido al progreso y a las vicisitudes de la civilización, y que sobrentiende un juicio de valor para todos los que se identifican con una escala de valores o de prestigio; es así un patrimonio, un atributo colectivo. Pero nosotros, finalmente, somos los civilizados, incluso los civilizadores. El otro sentido, el etnográfico, es más preciso y positivo. La civilización se amplía a todo grupo humano constituido. “Es el conjunto de características que surgen ante los ojos de un observador imparcial y objetivo de la vida colectiva de un grupo (la vida material, la vida política y social, la vida intelectual, moral, religiosa)”.

Es evidente que, pese a las diferencias grupales, por edad, sexo o condición, existen ciertos rasgos culturales propios a cada región y país que son compartidos por el conjunto de sus habitantes, y que hacen parte también de la identidad de los individuos. Más allá de las representaciones⁴ individuales, se encuentran las configuraciones socio históricas que se crean, recrean y desaparecen dejando su huella indeleble en las costumbres socioculturales, en los valores religiosos y políticos, así como las ideas históricas y filosóficas. Esas configuraciones están íntimamente ligadas a espacios que, si bien son temporalmente definidos, son a su vez variables. El espacio europeo se ha redefinido a través de los siglos de acuerdo con las representaciones colectivas, los proyectos tanto regionales y nacionales como los monárquicos y eclesiásticos (y su contrapartida, con los proyectos antimonárquicos y los antieclesiásticos), los intereses económicos y comerciales, las pretensiones hegemónicas y los deseos de paz, según cada época. De nuevo, podemos estar de acuerdo con Lucien Febvre, cuando dice que:

... Europa reagrupa un conjunto de países, sociedades y civilizaciones [...], no se define por límites estrictamente geográficos, se caracteriza [...] por las grandes corrientes políticas, económicas, intelectuales, científicas, artísticas, espirituales y religiosas, que la han atravesado, a través del tiempo.⁵

De acuerdo con ello, si árabes y otomanos han cruzado su territorio, estos pueblos podrían tener a su vez un estrado en los órganos políticos de la Unión. Muchos de ellos pertenecen en todo caso al Consejo Europeo.⁶

La raíz de Europa, como se sabe, es múltiple, porque no sólo hablamos de pueblos diversos en su origen, configuración étnica, idiomas, concepciones del mundo, religiones y creencias, prácticas sociales y económicas, manifestaciones literarias y concepciones de la política.⁷ Veamos entonces algunos de esos elementos que han confluído con su legado en el contenido de una *idea europea*, que ilumine de paso con un análisis cultural, su naturaleza múltiple de dicha idea.

⁴ Chartier, Roger, *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1995, pp. 56-57.

⁵ Febvre, *op. cit.*, p. 38.

⁶ Cfr. Trujillo, Constanza, "De las etnias a la confederación", en *El Espectador*, 21 de marzo de 1993.

⁷ Gonzague de Reynold, *La formation de l'Europe*, tomo I, París, Plon, 1957, pp. 110-112.

El mito de Europa y el origen multicultural

En primer lugar, el mito fundador de Europa se remonta a la época en que los egipcios extendieron su influencia militar en Asia menor, durante el siglo XVI a. C. Según el mito, la princesa Europa era originaria de Tiro (la ciudad más importante de Fenicia y actualmente localizada en el Líbano). Raptada por Zeus, el padre de los dioses griegos, quien al efecto se había transformado en un alado toro⁸ blanco, fue llevada por éste a Creta,⁹ que formaba parte de la civilización helénica. Allí, la princesa engendró una dinastía, según la leyenda. Cadmos, su hermano (por ende también fenicio), partió en su búsqueda y habría fundado Tebas, en el centro de Grecia. Como se ve, este mito griego ubica un doble origen fenicio para la civilización griega: Europa, como origen de la civilización cretense, y Cadmos, su hermano, como origen de Tebas (nombre tomado de la ciudad egipcia que fuera entonces capital del imperio de los faraones).

Así es como, en el origen, Europa tiene su cuna en fenicia, que

poseía una cultura urbana, 'civilizada', heredera de las más importantes tradiciones de toda la región, la egipcia, entre otras. Dicha 'civilización' fue seducida por una cultura situada al occidente (Creta), mucho antes que la Hélade continental tuviera su florecimiento cultural entre los siglos VIII y V antes de nuestra era. De esta forma, la legitimación de la cultura cretense deriva de un mito que privilegia la herencia estética (la mujer), y que proviene del Medio Oriente, y crea así las bases de una nueva civilización. Naturalmente, la importancia de este cruce cultural sólo sería asimilada siglos más tarde.

En síntesis, la génesis de la *idea de Europa* se encuentra precisamente en la Grecia antigua, cuya historia está íntimamente ligada a la del Medio Oriente, y particularmente a la de los fenicios¹⁰ y egipcios. Si nos detenemos un poco más a analizar desde la perspectiva antropológica este mito, nos damos cuenta de que este rapto tiene un doble significado, según se mire desde la mitología egipcia o la griega. Desde el punto de vista egipcio, alude a su supremacía en la región; mientras que, desde la perspectiva griega, se refiere al origen de su civilización.

⁸ La imagen del toro simboliza en el Egipto antiguo la fuerza, el poder, la agricultura, y, en general, es uno de los altos símbolos de su civilización.

⁹ Creta alcanza su resplandor con Minos (hijo de Europa) durante los siglos XVI y XV a. C.

¹⁰ En Fenicia florecieron diversas ciudades-Estado, que fueron sometidas a múltiples influencias y al paso de numerosos pueblos. La actividad principal de sus habitantes, el comercio, los llevó a aventurarse por todo el Mediterráneo, y llegaron a fundar y poblar a Cartago, la ciudad competidora de Roma.

El mito dice que el toro alado deslumbró a la princesa con su disfraz y que la sedujo con el brillo de su figura. El hábil Zeus, dios griego, la engaña haciendo parecer su resplandor al disco solar que el toro (un dios de la mitología egipcia que simbolizaba la fecundidad) llevaba entre sus cuernos. Nada más representativo: Zeus se transforma en el toro, emblema del poder, la autoridad y la abundancia en las representaciones egipcias. Así, mientras Fenicia se eclipsa y Egipto era respetado por su fuerza, su civilización y su saber, Creta se convierte por arte del mito (y quizá en la realidad) en el eslabón con Egipto, al mismo tiempo que origina la civilización griega, como algo que continúa a las dos civilizaciones anteriores, pero que al mismo tiempo tiene sus propias particularidades (la 'democracia' y el *logos*, como las más importantes).

La pregunta por el origen del nombre de *Europa* es muy significativa, en especial si tenemos en cuenta el valor de los símbolos, habitualmente olvidado en medio de acuerdos económicos o políticos. No en vano la estatua del toro (Egipto-Zeus) y Europa es hoy en día la única representación escultórica existente frente al edificio principal del Consejo de la Unión Europea, en Bruselas.

Después del florecimiento y decadencia de Grecia, el núcleo

cultural de Europa se iría desplazando gradualmente hacia Occidente, si bien durante muchos siglos continuó girando alrededor del Mediterráneo. Ello nos lleva sin duda a hablar del rol de la geografía en la configuración europea.

¿Es Europa una noción geográfica?

La pregunta obligada en este punto se refiere a los actuales límites geográficos de Europa, y si son asimilables o no a la Unión Europea. Si nos atenemos a la definición geográfica, Europa es un continente, si bien los indios y los chinos la ven como una península de Asia. El Mediterráneo sería su límite al sur; mientras que al oriente el asunto es un poco más complejo, pues su límite estaría en los Urales, el mar Caspio y la cadena del Cáucaso. Pero no siempre ha sido así, como veremos.

En efecto, el espacio europeo tuvo distintas representaciones según la civilización hegemónica de la época, fuera ésta griega, romana o incluso cristiana. Para los griegos, cuyo esplendor puede situarse entre los siglos VIII y IV a. C., la península europea giraba alrededor de su mundo más bien mediterráneo. No hay que olvidar que quizá el primero en evocar la noción de Europa como un espacio geo-

Desafíos, Bogotá (Colombia), (10): 64-93, semestre I de 2004

gráfico diferente de Oriente fue Hesíodo, hacia el año 900 a. C. Más tarde, Hipócrates (hacia el 400 a. C.) utiliza el término para diferenciarla de Asia.¹¹

Debemos recordar que para los griegos el mundo se dividía en dos: ellos mismos y los bárbaros. No es claro si esta última denominación se aplicaba a todos los pueblos extranjeros o si sólo servía para identificar a los demás pueblos de Europa. El significado de *bárbaro* era muy distinto al de la usanza actual. Este concepto designaba todos aquellos pueblos externos o exteriores al ámbito de la configuración civilizacional de la época, es decir, la griega. En ese sentido, Europa sería algo diferente de Asia, pero estaría, a su vez, dividida entre griegos y bárbaros.

En la época romana¹² difícilmente puede hablarse de la existencia de una noción de Europa. Su mundo, hasta el siglo IV, fue el del Lacio y luego la península italiana, y su centro posterior continuó siendo el Mediterráneo. Los romanos llevarían la distinción griega a un sentido más universal, entre ciudadano romano y bárbaro; pero

como la ciudadanía romana tenía ahora implicaciones imperiales, la distinción era diferente. Es complicado pensar que para el ciudadano romano común y corriente la porción geográfica allende el muro de Trajano en el norte de Inglaterra o las tierras germanas o los Balcanes constituyeran parte integrante de su mundo, el cual tenía sin duda vocación mediterránea. Para los romanos la distinción era de otro orden, más jurídica que geográfica. Por lo menos fue ésa la situación hasta la escisión entre Roma y Bizancio, y sobre todo después de la caída del imperio romano de Occidente, en el siglo V de nuestra era.

Como es sabido, Roma marcó con la expresión de su civilización el territorio de buena parte de Europa, y dejó por doquier sus usos y costumbres, sus instituciones políticas y jurídicas, su idioma y su religión.¹³ Al resquebrajarse la cohesión interna, el imperio desapareció, pero su herencia continúa. Este legado y su continuidad son adecuadamente expresados por Marc Bloch, cuando sostiene que “Europa surge precisamente cuando el imperio romano se desplo-

¹¹ Rougement de, Denis, *Vingt-huit siècles d'Europe*, París, Payot, 1961, pp. 87-88.

¹² En términos generales, podemos hablar de la hegemonía del imperio romano a partir de Augusto (27-14 a. C.), aunque circunscrita al contorno mediterráneo. A finales de la época de Constantino (305-395), y sobre todo con Teodosio (395-476), se adoptó el cristianismo como el principio que desde entonces regiría a Occidente, y para el caso a Europa.

¹³ Cfr. *Ibid.*, pp. 76-84.

ma”.¹⁴ Lucien Febvre coincidía con esta afirmación, al decir en 1945 que Europa debía circunscribirse a los límites geográficos tradicionales: “...¿qué faltaba para que esa Europa naciera?: que el imperio romano cayera y dejara claramente su lugar [...] El imperio romano era una solidaridad organizada de países,¹⁵ pero que no merecía (realmente) el nombre de europea”.¹⁶

Así, Europa, desde esta perspectiva, surge con la consagración de la diversidad y la desaparición del imperio. La pregunta que existió durante los siglos siguientes se relacionaba con que si era posible un gran imperio europeo, que respetara las diversidades. Esa pregunta sólo ha podido ser respondida satisfactoriamente con una ruptura cultural, de la mano de la Unión Europea, a partir de un modelo no centralista.

En cuanto al cristianismo, es obvio que establecía para esas épocas, y aún hoy en día, distinciones que no se relacionan con la geografía, sino con la confesión practicada por los fieles de una u otra religión, cualquiera que sea su pertenencia geográfica. Sólo podemos ha-

blar de un rol geográfico importante del cristianismo vinculado con proyectos muy precisos: el sacro imperio (es decir, un imperio cristiano en Alemania y parte de Italia) o el proyecto paneuropeo alrededor de la autoridad papal, que desarrollaron órdenes como la de los templarios, en los siglos XII y XIII. De ahí que el ataque mortal contra los templarios, auspiciado por Felipe IV, rey de Francia, en el siglo XIV, aprovechando su supremacía sobre un papa francés que defendía los mismos intereses que el rey, haya sido la afirmación naciente de un Estado nacional, frente al proyecto ‘europeo’ que trataba de impulsar la orden perseguida y suprimida luego.

Esas configuraciones (la griega, la romana y la cristiana), que aportaron tanto a la actual Europa, no se identificaron plenamente con la idea que hoy en día tenemos. Puede decirse, a la manera de Bloch y Febvre, que la *idea europea* se engendró en los escombros del imperio romano.

Ahora bien, es necesario preguntarse cuáles fueron los hechos desde el punto de vista geográfico que permitieron el surgimien-

¹⁴ Bloch, Marc, “Problèmes d’Europe”, en *Annales D’histoire Economique et Sociale*, tomo VII, 1935, pp. 471-479.

¹⁵ Entiéndase este concepto no en el sentido actual equivalente a los Estados, sino en el utilizado antaño en Francia o en países vecinos para designar a una región o al terruño.

¹⁶ Febvre, *op. cit.*, p. 88.

to de esta representación. El primero fue un cisma, el rompimiento con Oriente, que veremos más adelante. Desde entonces, el Medio Oriente actual y el norte de África quedarían excluidos de la idea de Europa, pese a las huellas que dejó el imperio romano en la región. Por otro lado, con el imperio carolingio¹⁷ el centro de acción se desplazó hacia el norte, lo cual produjo de paso la adopción de los valores cristiano-romanos por los llamados bárbaros.¹⁸ Además, aceptar ser cristiano y romano significó definirse como del imperio de Occidente,¹⁹ a diferencia del imperio de Oriente,²⁰ también cristiano pero hegemónicamente ortodoxo bizantino. La fractura entre Bizancio y Roma marcó, con algunas fluctuaciones, el límite entre Europa occidental y oriental, desde el siglo IV. Sin embargo, también podría afirmarse que

Europa se iba circunscribiendo a Occidente, en la medida en que el imperio bizantino (que culturalmente era un puente entre Oriente y Occidente) incluía pueblos de Asia y de “la otra orilla” del Mediterráneo.

La línea fronteriza dejó “del otro lado” al sur de los Balcanes, a Rumania y a Bulgaria, lo cual delimitó durante siglos la *configuración europea* occidental. Esta separación fue oficializada en 1054.²¹ A partir de esa fecha dos configuraciones políticas, sociales, culturales y religiosas se opusieron de diversas maneras a través de los tiempos. Rusia y parte de los Balcanes, colonizado por Bizancio, se convirtieron a la ortodoxia. Serbia, Macedonia, Bulgaria y Grecia pertenecieron a Bizancio, y parte de sus habitantes son en su mayoría ortodoxos cristianos. Esta frontera se vio reforzada con las

¹⁷ Los carolingios conocieron su apogeo durante el reinado de Carlomagno (768-814). Con su muerte, el imperio comenzó a desvanecerse bajo la presión de las incursiones normandas y la repartición de las tierras entre sus sucesores.

¹⁸ Los romanos adoptaron este término en un sentido más cultural que lingüístico, en especial para denominar a todos los pueblos germanos que, con sus incursiones hacia el sur, pusieron muchas veces en entredicho al imperio romano.

¹⁹ El territorio que permaneció bajo los designios de la Iglesia católica y del papado, desde el año 395. Este calificativo fue, sin embargo, suprimido en el 476, para ser de nuevo reivindicado por Carlomagno, en el año 800.

²⁰ El imperio romano de Oriente tuvo como sede Bizancio desde el siglo IV. Incluía Serbia, Macedonia, Grecia, parte de Bulgaria, Anatolia, Armenia, el norte de Egipto y de Libia. El imperio perduró hasta la toma de Constantinopla en 1453 por los turcos, procedentes del Asia central. Estos últimos dominaban de hecho la parte terrestre de la región, desde el siglo anterior.

²¹ En esta fecha se ratificó la ruptura religiosa entre las iglesias católica y ortodoxa.

invasiones turcas²² de Anatolia y el istmo del Bósforo, desde el siglo XII, y las incursiones hacia Bulgaria, Rumania, Hungría y los Balcanes en el siglo XIV,²³ que amenazaron incluso a Viena durante el siglo XVI.

Europa occidental, por su parte, trató de formar durante varios siglos una unidad bajo el impulso de la Iglesia, para contrarrestar la amenaza musulmana. Desde entonces la barrera que se irguió entre los dos mundos se volvió infranqueable. Para Gadamer, la separación entre las dos iglesias, la católica y la ortodoxa, fue determinante en la representación colectiva de una *idea europea*.²⁴ Este imaginario de frontera entre dos espacios culturales diferentes permaneció hasta finales del siglo XX, a lo cual contribuyó sin duda alguna la Guerra Fría que, como sabemos, terminaría con la caída del muro de Berlín, en noviembre de 1989. Simbólicamente este hecho originó la ampliación de la Unión Europea y el debate sobre sus fronteras.

De esta manera se creó en el imaginario colectivo la idea de que la frontera de Europa era la

que marcaba la religión. Nada más paradójico, pero a su vez más actual. Con el establecimiento del imperio otomano, la idea de un oriente en tierra europea se afianzó y esto marcó por largo tiempo el imaginario de los europeos y el temor frente a una integración de Turquía.

Una curiosa paradoja es que durante ocho siglos España (con excepción de Navarra y León) y Portugal quedaron fuera de ese espacio propiamente europeo, debido a la presencia árabe en la península Ibérica. La cadena montañosa de los Pirineos se consideraba hasta hace pocas décadas como la frontera sur de Europa. El franquismo imperante desde los años treinta del siglo XX no fue ajeno a esta situación, si bien no por razones geográficas, sino políticas. Curiosamente (o quizá naturalmente), el anterior gobierno del Partido Popular fue uno de los más fervientes opositores a una eventual adhesión de Turquía o de los países del Magreb a la Unión.

¿Cuáles son, entonces, los límites geográficos de Europa? Durante quince siglos esos límites

²² Las tribus turcas, originarias de Asia central, se desplazaron hacia la península de Anatolia (occidente de Turquía) bajo la presión de las invasiones mongolas en el Turquestán, desde mediados del siglo XII.

²³ Los Balcanes fueron invadidos por los turcos entre los años a finales del siglo XIV.

²⁴ Gadamer, Hans-Georg, *L'héritage de l'Europe*, París, Payot, 2003, p. 46. "Cuando consideramos la tradición cultural greco-cristiana, tomamos inmediatamente conciencia de una diferencia interna inherente a esta tradición: la diferencia entre Este y Oeste. Esta diferencia tiene como segundo plano el fraccionamiento del imperio romano".

se mantuvieron nutridos de diferentes representaciones. Primero fue el cisma de la Iglesia con Oriente; luego la presencia del imperio otomano musulmán, y, por último, en el siglo XX, grosso modo, constituyó la frontera entre el 'mundo comunista' y el 'mundo libre occidental'. No olvidemos, por otra parte, que los valores europeos y occidentales se confunden desde cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo volcó al mar a muchos habitantes del Viejo Continente, confiados en la esperanza de encontrar una vida mejor.

Así, y particularmente desde la llamada época de Carlos V, durante el siglo XVI, Europa y Occidente se identifican, luego de que el océano Atlántico —hasta hace poco tiempo— se convirtió en el eje de su acción principal. Este hecho es importante para entender la importancia que ha tenido Estados Unidos en la construcción actual de la Unión Europea, e incide en el tema pendiente de la pertenencia o no de Turquía a la Unión Europea. En efecto, este país es central en la geopolítica estadounidense, debido a su modelo de Islam moderado, a su ubicación geopolítica, a sus lazos con los pueblos turcomanos de Asia central y occidental (tierras 'fértiles' en petróleo y gas) y a su pertenencia a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN); pero también por sus alianzas con Israel, por el papel que desempeña en Medio Orien-

te, por su controvertida frontera con Iraq (que se encuentra en la región kurda) y por sus fuertes lazos históricos con todo el sur de la Federación Rusa, cuyos diversos países fueron constitutivos del imaginario cultural otomano.

No debemos olvidar que, en estricto sentido geográfico, Europa oriental es también Europa, pese a que algunos sectores en Occidente quisieron negarle durante mucho tiempo esa pertenencia. En esa dirección, países como Rusia (desde los Urales hacia el occidente, es decir, una extensión semejante a la Europa occidental en su conjunto), Rumania, Bulgaria, Ucrania, Bielorrusia, Armenia, Georgia e incluso Azerbaiyán son parte del continente europeo. Si la Unión Europea aspira a ser la representación viva de Europa como tal, no sería de extrañar que aspire igualmente a incorporar en algún momento en su seno a los países señalados, con excepción de Rusia, debido a los inconvenientes geopolíticos y de equilibrio estratégico que ello representaría para países como Francia, Alemania o Reino Unido.

Claro está que muchos de los países mencionados pertenecen a la órbita de influencia de la Federación Rusa y a la Comunidad de Estados Independientes, creada en el momento de la disolución de la Unión Soviética, con lo cual una futura extensión de la Unión a dichos territorios

Desafíos, Bogotá (Colombia), (10): 64-93, semestre I de 2004

significa un reequilibrio de fuerzas geoestratégicas, que aún está por definirse.

Sin embargo, son muchas las voces que arguyen que, si bien geográficamente algunos de estos países pueden ser considerados como parte de Europa, éstos no reúnen los requisitos indispensables para adherir a la Unión, como son la situación económica, los valores imperantes o, incluso, los principios fundamentales, entre éstos la religión, por lo que las futuras adhesiones podrían ser más cautelosas.

De todas formas, los límites geográficos de la actual *idea de la construcción europea* no corresponden exactamente con la definición geográfica, pues Islandia y Noruega, en el norte, y Suiza, en el centro, no pertenecen a la Unión Europea. Por ello, la pregunta se hace cada vez más pertinente, ¿cuáles pueden ser los verdaderos límites de la actual *configuración europea*?

La definición cultural de Europa

La opinión de un poeta como Paul Valéry refleja las diversas posiciones respecto a la polémica idea geográfica de Europa. El escritor se preguntaba en 1931:

“Europa será lo que ella es, es decir: ¿un pequeño istmo del continente asiático? O bien, [...] será como ella parece ser, la parte atractiva del universo terrestre, la perla de la esfera, el cerebro de un extenso cuerpo?”.²⁵ Desde esta perspectiva, la *configuración europea* sería entonces un espacio temporal definido que se distingue por su cultura, su política y su modo de vida.

El legado más antiguo para Europa desde la perspectiva cultural (como algo distinto de Asia y Egipto) es, por supuesto, el de la Grecia antigua, que se manifiesta en la filosofía, la retórica, una concepción particular de la persona y de las artes. No debemos olvidar, sin embargo, que los filósofos griegos adquirieron las bases de la astronomía, la geometría, la metafísica y la ciencia en general de otras culturas, como la babilónica y la egipcia;²⁶ pero con los griegos estos aportes adquirieron otra dimensión para los europeos, aunque los difundieron mucho más tarde, desde el siglo XII, los árabes instalados en el Al-Andalus, al sur de España. Ahora bien, debe aclararse que para los pueblos antiguos estas disciplinas, que hoy en día aparecen definidas y diferenciadas las unas de las otras, hacían parte de un todo, de una forma de conocer y apre-

²⁵ Valéry, Paul, *Regards sur le monde actuel*, París, Gallimard, 1945, p. 27.

²⁶ Finley, Moses y Bailey, Cyril, *L'héritage de la Grèce et de Rome*, París, Laffont, 1992, p. 252.

hender el mundo, muy cercana entre otras cosas a la del mundo oriental. La ciencia que definimos como tal en la actualidad sólo tomó un rumbo propio cuando, desde el siglo XVII, con los experimentos de Galileo, se diferenció de la filosofía.²⁷

Una característica griega fue su marcado rasgo individualista (término de nuestros días). En torno a éste se originó una cultura del *yo*, que se expresa en el discurso que utiliza la primera persona del singular. Este hecho sería el fundamento de lo que siglos más tarde llamaríamos el *pensamiento crítico* ante la alteridad,²⁸ lo cual se manifestó tanto en la filosofía como en la dramaturgia. El individualismo que emerge de este hecho diferencia, sin duda alguna, a la cultura occidental de las del Medio y Lejano Oriente.

El siguiente aporte a la cultura de lo europeo como tal, el de los romanos, no se refiere sólo a la arquitectura y al urbanismo. Un elemento determinante en la cul-

tura europea fue el derecho del imperio, cuando estableció un complejo código de conducta que regía por igual a todos los ciudadanos, independientemente de las costumbres locales y de la religión.²⁹ Éste ha sido, desde entonces, un referente indiscutible para lo que se entiende por normas jurídicas en Europa y el mundo occidental. Por el contrario, en la gran región del mediterráneo y Asia occidental, los países musulmanes tienden a regirse por las pautas religiosas, a partir del Corán o de la tradición del Profeta (el Hadith).

Por otra parte, la afinada noción del *yo* entre los griegos tuvo un importante papel³⁰ para el desarrollo del cristianismo y, posteriormente, para el desarrollo de un contenido importante de la llamada cultura europea. Ese concepto generó, entre otros, la toma de conciencia sobre la responsabilidad y el compromiso individuales, pese a la existencia de deberes y derechos para con la comunidad, en cuanto partícipe

²⁷ Gadamer, *op. cit.*, p. 25. "Fue únicamente en Europa que las actividades del 'Espíritu' se diferenciaron, en lo que hoy en día conocemos como arte, religión y filosofía. [...] Especialmente la relación entre filosofía y ciencia ha adquirido una importancia determinante en la Europa de nuestros tiempos".

²⁸ Cfr. Morin, Edgar, citado en Droit, Roger-Pol (dir.), *Les Grecs, les Romains et nous*, París, Le Monde, 1991, p. 480. "Lo que le debemos a los griegos, es la institución del diálogo como regla, es decir la aceptación del conflicto entre los argumentos y la crítica, sin que haya una sanción física de uno u otro; es la atención al problema de la lógica y la elaboración de reglas lógicas".

²⁹ Finley y Bailey, *op. cit.*, p. 586.

³⁰ Brugmans, Henri, *Les origines de la civilisation européenne*, París, Lib. Générale de Droit et de Jurisprudence, 1958, pp. 87-88.

de un mundo social.³¹ Pero también implicó la aceptación de una contraparte: la de los derechos de esas mismas personas, por el solo hecho de serlo. Este rasgo es esencial para entender la preocupación omnipresente de los europeos por la responsabilidad hacia el Otro, sea éste de su misma cultura o no. Esta característica se expresa en las múltiples instancias y referencias tanto de orden jurídico como institucional que existen en Europa para garantizar este deber. También explican la insistencia europea en los derechos humanos, los derechos laborales y la dignidad humana; así como la tendencia a establecer relaciones privilegiadas (incluso en comercio) sólo con aquellos países que compartan dichos principios, porque estos aspectos tienen su raíz en esta concepción proveniente de la religión cristiana.

Lo anterior se ve reforzado, en especial, en la Europa del norte, por la reforma protestante, el tercer gran hito que en esta materia condujo a una idea de Occidente. Por otra parte, el cristianismo se considera una doctrina universal, al igual que, siglos más tarde, los portavoces del humanismo y de las revoluciones inglesa, en el siglo XVII, y francesa, en el siglo XVIII,

reivindicaron la universalidad de la igualdad de los derechos y libertades individuales. Esa noción individual es fundamental en la política, la economía y la visión del mundo, propias de la Europa contemporánea.

Desde una perspectiva puramente cultural, el cristianismo dejó una serie de huellas perceptibles en el conjunto de ese espacio geográfico de Europa. La primera es la noción del trabajo organizado y remunerado, cuyo mejor exponente pudo verse en las abadías que florecieron durante el medioevo, contrariamente a la afirmación de Max Weber,³² quien refiere esta noción a la visión del mundo protestante, aunque ésta, sin lugar a dudas, la reforzó.

Otro elemento cultural propio de Occidente y que ha sido, desde la Edad Media, inseparable de la configuración social, política y cultural que representa Europa es el fraccionamiento y organización del tiempo. Esta idea —íntimamente ligada a la del trabajo— surgió en los monasterios que se dispersaron por el suelo europeo a partir del siglo IX. Fue particularmente la orden de los benedictinos (creada hacia el siglo VII) la que instauró esa división del tiempo, entre momento de oración y de

³¹ *Ibid.*, pp. 95-96.

³² Cfr. Weber, Max, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 438.

trabajo, que evolucionó hasta su apoteosis en el siglo XVIII, junto al advenimiento de la burguesía, que la fragmentó en tiempo de trabajo, de reposo y de fiesta. Hoy en día esta cultura que prodiga una ferviente devoción por su tiempo de descanso, no deja de reivindicar, de una u otra forma, un necesario respeto a dicha noción. Ello es perceptible en la división marcada de los tiempos del trabajo en todo el suelo europeo, aunque la globalización y la informática están modificando este rasgo, de manera perceptible.

Luego, alrededor de las cátedras universitarias emergió el método científico, cuando se profundizó en los conocimientos agudizando la cualidad crítica, cuya fuente de inspiración se encuentra en la capacidad de la duda y de la sorpresa.³³ Sin embargo, paradójicamente, fueron las universidades el foco del sentimiento nacional que se perfiló con la Reforma.³⁴ Allá encontraron eco las reivindicaciones de tipo lingüístico, primero, que reclamaban el uso de los idiomas regionales en los recintos, y, después, la defensa de las particularidades. Desde estos templos del conocimiento se di-

fundieron movimientos como el que lideró Hus, en Bohemia, durante el siglo XV; Lutero, en Alemania; Calvino, en Ginebra, durante el siglo XVI, y, más tarde Pascal, con el jansenismo, movimiento que surgió durante el siglo XVII, en Lovaina, y que tomó fuerza en la abadía de Port Royal, en Francia. Con la reforma, Europa se dividió en dos, una católica y otra protestante. Desde esa época se desvaneció la huella de una *configuración europea*, a pesar de múltiples alusiones universalistas de filósofos y diplomáticos.

Debemos recordar que incluso, ya en el siglo XVIII, con la desaparición del feudalismo, el continente europeo se caracterizó por luchas nacionales y por el advenimiento de los Estados-nación, como modelo político preferente. Por ende, toda construcción europea fue no sólo temida, sino rechazada, por ser considerada una posible fuente de dominación de una potencia sobre el resto. Las hegemonías, como la de Napoleón, sólo incrementarían estos temores. Las teorías del equilibrio del poder en un mundo anárquico y la primacía de las concepciones westfalianas fueron la resultan-

³³ *Ibid.*, pp. 134-135.

³⁴ La Reforma, a partir del siglo XVI, como es sabido, encontró eco en las innovaciones de su época, como el humanismo, que impulsó una liberación del espíritu y el redescubrimiento de las Escrituras originales, y la difusión de la imprenta, que permitió la reproducción de los textos y su difusión.

te de este proceso, que impidió toda tentativa seria de unidad europea durante el siglo XIX.

Ahora bien, nos queda por definir el tema de *los principios* en la configuración europea. Para algunos teólogos y filósofos europeos la ruptura entre Roma y Bizancio implicó durante siglos una batalla que habría reforzado, entre otros, la pretensión hegemónica (por universalista) de la Iglesia romana.³⁵ La intransigencia que se manifestó a través de la persecución inquisitorial desde el siglo XIII vigorizó, sin embargo, el gusto por la controversia y el análisis lógico, que los jueces de la Iglesia debían dominar durante los procesos contra los supuestos herejes. Estos rasgos que se afirmaron en Occidente se oponen a la actitud mística y contemplativa predominante en muchos países de Asia.

La importante herencia que ha dejado el cristianismo en las representaciones europeas, sean culturales, sociales o políticas, explican las razones invocadas por Juan Pablo II para solicitar que en la nueva constitución europea se aludiera a los valores cristianos como fuente de 'identidad' de los europeos; sin embargo, ese rasgo excluyente de la 'alteridad' es contradictorio con otra característica aún más fuerte de la Europa contem-

poránea, la de la tolerancia y el respeto a la diversidad. A la postre, el proyecto de Constitución Europea sólo hace referencia a la necesidad de respetar ciertos principios de orden moral, para pretender ingresar a la Unión.

Así, la referencia al cristianismo tiene alguna razón de ser en la conformación de la identidad europea, pero con un importante matiz: una sociedad cristiana en la cual Estado y religión se encuentran separados, y en la cual los espacios público y privado constituyen dos elementos diferenciales. La admisión de países miembro con mayorías no cristianas plantearía problemas desde esta perspectiva; sin embargo, como el problema de fondo no es la identidad, sino la *configuración de Europa*, debemos considerar dos aspectos: en primer lugar, la necesidad de integrar apropiadamente a los seis millones de musulmanes que habitan en Francia (buena parte de los cuales son nacionales de este país), los cerca de dos millones que se encuentran en Alemania o la cantidad igualmente relevante en el Reino Unido. En segundo lugar, el hecho de que siendo Turquía un país laico desde los tiempos de la revolución de Atatürk, gobernada de manera democrática (parlamentaria), existe por este concepto un obstáculo menor al que se plantea-

³⁵ Gerbert, Pierre, *La construction de l'Europe*, París, Imprimerie Nationale, 1999, p. 13.

ría con otros países 'limítrofes' a la Unión Europea en la actualidad, como Bielorrusia.

El rol de lo político:
los intentos por una Europa
única

En cuanto al aporte político se refiere, hemos visto que Europa, a lo largo de su historia, ha sido una entidad geográfica variable. Hoy en día trata de abrirse paso una Europa económica, política, jurídica y cultural, que tiene en cuenta ante todo la diversidad y las diferencias entre sus países y regiones, asunto realmente novedoso. Su fuerza y el éxito de su empresa se encontrarán en la armonía que sus instancias logren encontrar. Es innegable que, pese a diferencias nacionales y regionales, una herencia cultural compartida por el conjunto de sus pueblos a través del territorio europeo constituye el motor que mueve las élites políticas, sociales y culturales de estas naciones, así como sus administraciones, pese a que no todos los habitantes europeos se identifiquen con este proyecto.

Sin embargo, el hecho es que las primeras precisiones de lo europeo tuvieron lugar como contraste frente al Otro, y muy en especial frente al mundo musulmán. La frontera entre Oriente y Occiden-

te continúa siendo una barrera difícil de franquear. El islam comenzó a ser considerado una amenaza para la cristiandad desde el siglo VII, cuando los omeya arremetieron desde la península Ibérica hacia el noroeste de Francia actual. Luego de haber definido su 'contrario', el 'enemigo', muchos historiadores se refieren como texto fundador de Europa al acta que protocolizó el triunfo de Carlos Martel, en la batalla de Poitiers, frente a los árabes, en el año 732. En dicho escrito, Martel denominó por primera vez como europeos al conjunto de los pueblos del norte de los Pirineos y de los Alpes, que combatieron por un ideal común, el de luchar contra el invasor musulmán.³⁶ Las fronteras de esa *configuración europea* quedaron así definidas por un imaginario de lucha contra el Otro, que no comparte ni las mismas creencias religiosas ni una visión del mundo semejante.

Los proyectos que movilizaron a los europeos para defenderse del 'enemigo' fueron definidos por la cristiandad durante las cruzadas, la reconquista y las conquistas posteriores. Esos objetivos definieron la Europa y el Occidente de entonces. Una relectura de la correspondencia de Juan Luis Vives, fechada en 1531, resalta la necesidad del europeo de definirse frente a la alteridad, rasgo que

³⁶ Rougement, *op. cit.*, p. 47.

marcó el imaginario de los siglos posteriores. Dice así:

... los cristianos poseen todavía la parte más sólida de Europa: Alemania. ¡Qué fortifiquen Alemania, sí!, ¡qué la fortifiquen con ciudadelas y murallas, pero ante todo, que trabajen en conjunto para que los Turcos no se tomen Alemania!; de lo contrario, sólo podrá esperarse que Occidente caiga bajo el poder de los Turcos, y que los que rechazan esa dominación emigren en grandes flotas al Nuevo Mundo!³⁷

Desde esa época, Europa ha vivido en una lucha permanente contra lo que ha visto como su 'contrario', el imperio otomano, primero, y los árabes musulmanes, después. Esta frontera subsiste aún hoy en día con la idea del peligro que podría representar Turquía para los valores europeos, aunque múltiples voces se levantan en su contra, en virtud de la tolerancia, la apertura y la integración.

El primer esfuerzo político de unidad como tal fue el intento de Carlomagno de crear una entidad cristiana en el occidente de la península, hecho que instituyó al

hacerse coronar emperador por el papa de la época, sólo doce años después de la batalla de Poitiers, lo cual es altamente significativo. Este acto permitió el surgimiento del imperio de Occidente.³⁸ Su influencia territorial abarcó parte de la actual Francia, Alemania, el norte y centro de la actual Italia, el extremo norte de la España de nuestros días y algunas regiones de Austria. Su límite al este lo marcó el Elba, que coincidió con el de la cortina de hierro erigida siglos más tarde, en la época de Stalin. Recordemos, por otra parte, que los emperadores romano-germánicos desde Carlomagno pasaron gran parte de su vida luchando contra los musulmanes.³⁹ Con la distribución del imperio entre los descendientes de su fundador, Francia y Alemania inauguraron un antagonismo que marcó durante diez siglos la historia de Europa.

Pero, pese a todo, la realidad es que durante esa Edad Media no se aludió explícitamente a Europa como una *configuración política* y aún menos social o cultural, sino como un espacio geográfico en cuyo suelo la Iglesia y las monarquías rivalizaron durante siglos por el poder.⁴⁰

³⁷ Cfr. Vives, Juan Luis, "Carta al rey Enrique VIII", en *60 lettres de Juan Luis Vives: 1492-1540*, París, Presses Universitaires de France, 1943.

³⁸ Brugmans, *op. cit.*, pp. 80-82.

³⁹ Gerbert, *op. cit.*, p. 8.

⁴⁰ Brugmans, *op. cit.*, p. 115.

Más tarde, *La monarquía*, de Dante,⁴¹ escrita a comienzos del siglo XIV, alude a esta lucha. En su texto, el escritor propone la realización de una monarquía universal capaz de arbitrar los conflictos entre los príncipes, quienes gozarían de un trato de igualdad. Cada uno de ellos sería señor en su dominio, y cada reino o ciudad ejecutaría sus propias leyes, adaptadas a sus usos y costumbres, pero teniendo en cuenta el respeto y el orden general. La humanidad (entiéndase para la época la cristiandad identificada con Occidente), según el autor, estaría gobernada por un monarca que tendría la paz como principio regulador. Así se rigen hoy en día las instancias europeas, y el motor que la mueve es el mantenimiento de la paz.

Más tarde, la Europa de Carlos V, en el siglo XVI, constituye el segundo intento de elaborar esa configuración, al menos política, tan deseada y temida a la vez. Pero los numerosos conflictos que marcaron su época, especialmente el de la Reforma Protestante, impidieron que se lograra un equilibrio de fuerzas durante su reinado, que permitiera efectivamente el entendimiento en medio de la estabilidad.

Vale la pena mencionar que, en el interregno entre Carlos V y Napoleón, en pleno siglo XVIII, Pedro el Grande (1672-1725), en Rusia, trató de acercarse a Europa occidental y desempeñar un papel preponderante en la política europea de entonces. El zar consideraba entonces que Rusia podía tener un papel determinante en el entendimiento entre Oriente y Occidente, así como en la lucha contra los turcos.⁴² Este objetivo común identificó la Rusia de entonces con Europa occidental, al afirmar su diferencia frente a la alteridad, que fue representada por el turco musulmán. Hoy en día podemos efectuar un paralelo con la posición que ha manifestado la Rusia de Putin frente al conflicto de Medio Oriente, que privilegia su relación con la Unión Europea, pese a la dura posición de esta última frente al problema checheno.

El imperio de Napoleón constituye el tercer intento de construcción de una unidad europea bajo la égida francesa y que intenta aislar a Inglaterra. El período durante el cual gobernó Napoleón se caracterizó por una franca modernización de las instancias administrativas, políticas, sociales y culturales en los

⁴¹ Aunque este texto de Dante fue escrito a finales del siglo XIII o comienzos del XIV, en el marco de un contexto sociopolítico propio de Florencia, la idea de arbitraje y el reconocimiento de los particularismos, es muy actual. Es admirable su actualidad para la construcción europea.

⁴² Rougement, *op. cit.*, p. 267.

territorios sometidos.⁴³ Entre sus designios se encontraban el de imponer una moneda única, uniformizar las pesas y medidas, así como las legislaciones. En el plano económico, el bloqueo que ejerció contra Inglaterra tuvo como contrapartida el deseo de organizar una producción e intercambio continental; pero, como es sabido, esta tentativa dominadora sobre el continente fracasaría, debido a la revuelta de los pueblos que temieron perder sus particularismos y prebendas regionales. Napoleón afirmó, antes de morir, en Santa Helena, que su intención, había sido la de generar del conjunto de los pueblos de Europa, un único pueblo. Debido precisamente a esta convicción, el emperador fracasó, ya que Europa puede ser un sólo espacio, pero sus pueblos son diversos.⁴⁴ Fracasaba así un proyecto construido sobre la base del modelo centrista rígido, propio de la historia y la vida política francesas.

Las reivindicaciones nacionalistas de comienzos del siglo XIX se nutrieron del romanticismo que se difundió en Europa durante el siglo anterior.⁴⁵ Literatos y filósofos creyeron que en las

poesías y creencias tradicionales encontrarían la fuente de identidad indispensable para reivindicar la libertad de sus pueblos. Fue Napoleón quien paradójicamente propulsó, con el paso de sus ejércitos, la furia de los particularismos. El movimiento nacionalista surgió como sustituto del patriotismo local.

Hoy en día las instancias europeas se esfuerzan permanentemente por respetar las particularidades de cada región y de cada país miembro. Muestra de este respeto llevado al extremo es el hecho de que los representantes de cada Estado miembro tienen el sagrado derecho de expresarse, tanto en el Consejo como en la Comisión y el Parlamento, en sus idiomas nacionales, pese al alto costo económico que dicho sistema implica. En efecto, buena parte del presupuesto de estas entidades se invierte en servicios de traducción, lo cual es un alto precio que se paga por mantener los consensos a partir de las particularidades. En un futuro próximo este ideal de respeto a la diferencia se verá probablemente disminuido por la economía de medios y su racionalidad, a más de las necesi-

⁴³ Gerbert, *op. cit.*, pp. 16-17.

⁴⁴ Cfr. *Ibid.*, p. 17.

⁴⁵ Este movimiento cultural fue de gran importancia para los cambios políticos y sociales que se produjeron durante los siglos XVIII y XIX. En lo político cabe mencionar los derechos individuales y la libre expresión, y, en lo social, la promoción de la burguesía en detrimento de los señores feudales.

dades prácticas de las futuras ampliaciones.

Durante el siglo XX, Hitler y su partido nacionalsocialista trataron de imponer a sus contemporáneos su concepción de Europa, lo que constituyó un cuarto intento por unificar territorialmente al continente; pero esta vez con la clara intención de someterla a valores antidemocráticos, bajo designios totalitarios. Los nazis lucharon y perdieron al querer imponer la fuerza y la sumisión sobre los ideales humanísticos y los valores universales de respeto y tolerancia. Albert Camus, en una de las *Cartas a un amigo alemán*, esboza así lo que para él significaba Europa, ideal que el aparato opresivo del dictador traicionó:

¿Recuerda usted, lo que me dijo un día cuando se burlaba de mi enfado?: “Don Quijote no es de talla si Fausto desea vencerlo”. Entonces le dije que ni Fausto ni Don Quijote estaban hechos para vencerse mutuamente, y que el arte no se había inventado para llevar el mal al mundo [...]. Según usted, era necesario escoger entre Hamlet⁴⁶ y Sigfrido. En esa época, yo no quería escoger; y sobre todo, no me parecía que Occidente fuese otra

cosa que el equilibrio entre la fuerza y el conocimiento. Pero, usted se burlaba del conocimiento, hablaba únicamente de poder. Hoy en día, me entiendo mejor y sé que incluso Fausto no le servirá de nada. [...] Esto me incita a decirle que su Europa no es la buena. Ésta no tiene nada que deliberar o que comunicar. La nuestra es una aventura común que continuaremos haciendo a pesar de usted, con el flujo de la inteligencia.⁴⁷

Camus hacía referencia en su célebre carta a la primacía de los valores humanos, del respeto a las libertades individuales y de la razón, por encima del uso de la fuerza, la discriminación y el exterminio que significó el proyecto nazi. Con el fin de la Segunda Guerra Mundial había terminado también en el fracaso una tentativa de una Europa única alrededor de Alemania, que tenía en su momento más que un proyecto europeo, uno de dominación sobre Europa, de exclusión del Reino Unido y de extensión hasta el Asia central. También la vía de la imposición étnica sobre los demás pueblos de Europa fue un proyecto supremamente condenable e inaceptable. Hoy en día uno de los grandes triunfos de Alemania es

⁴⁶ En este drama, Shakespeare recrea un mundo en el que la ciencia se impone a la naturaleza, un poder que la religión atribuía hasta entonces a la divinidad. En efecto, Hamlet representa la ascensión a la conciencia y la libertad.

⁴⁷ Camus, Albert, *Lettres à un ami Allemand*, París, Gallimard, La Pléiade, 1984, p. 235.

no sólo el logro de su reunificación, en medio de la *configuración europea* actual, sino la reciente integración a la misma Unión de ocho países con quienes históricamente ha mantenido estrechos lazos de vecindad, y que fueron parte, en siglos anteriores, de su órbita de influencia.

Después de la Segunda Guerra Mundial sólo quedaban dos alternativas: o bien una unidad europea, presidida desde la Unión Soviética y con un sistema comunista más o menos generalizado, si los países de Europa occidental cambiaban su sistema político; o bien un sistema occidental fuerte, militarmente unido a la única potencia capaz de confrontar a Rusia en su momento (EE. UU., vía la OTAN), y con un nivel de vida y de industrialización que pudiera erigirse en ejemplo para los demás países del continente.

La Unión Europea es el quinto intento de la Europa única. Así es como al término de la Segunda Guerra, Francia y la República Federal de Alemania (RFA) iniciaron negociaciones, promovidas por la diplomacia estadounidense,⁴⁸ para construir una política de entendimiento y de intercambio económico que permitiera, por un lado, el desarrollo y creci-

miento europeos y, por el otro, contrarrestara el poderío que la Unión Soviética adquiriría en el Este. De estas negociaciones surgieron diversas instancias y convenios para promulgar la paz, el entendimiento, la investigación y el crecimiento económico. Algunas de ellas evolucionaron en el tiempo y subsisten hoy en día, otras fueron redefinidas o dieron paso a nuevos acuerdos.

Los detalles de los tratados comunitarios y de su evolución sobrepasan el propósito de este artículo. Lo que es interesante subrayar es el interés común que esta historia reciente manifiesta por reconstruir una *configuración europea*, en la cual sus miembros gocen por igual de los valores humanos, del respeto a las libertades individuales, del crecimiento económico y el bienestar social, y en que se consideren las diferencias y particularidades regionales.

En efecto, el motor que mueve la construcción europea después de la Segunda Guerra Mundial extrae su fuerza de tres pistones: el primero, la preocupación general por consolidar una paz que condujera al bienestar y al avance de los pueblos en armonía. El segundo, el económico, es decir, construir una unidad entre países en un espacio restringi-

⁴⁸ Gaillard, Jean-Michel, "1957. Le Traité de Rome est-il une invention américaine", en *L'Histoire*, París, No. 208, marzo, 1997, pp. 68-69.

do, que genere el crecimiento económico y el bienestar general; que oponga así un muro de desarrollo al enemigo de turno, sea éste turco (como lo fue en el pasado), ruso o chino, y que contrarreste en la medida de lo posible la preponderancia estadounidense. Esto último permite garantizar un tercer objetivo, el de la seguridad, preocupación que ha tomado otras dimensiones con el maremoto de cambios que significó, en la década pasada, la caída del muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética.

Con la desaparición de esta última, la amenaza nuclear disminuyó de manera importante, pero Europa tuvo que vivir durante la década de los noventa el duro despertar de las reivindicaciones históricas y religioso-territoriales de los pueblos de los Balcanes.⁴⁹ La extensión hacia el Este se precipitó debido, en primera instancia, a la unidad alemana y al proyecto alemán que reivindicaba la integración de los Estados que albergaran una población de origen germánico. En segunda instancia, para hacer frente a los deseos independentistas de distintas regiones en el conjunto del suelo europeo.

En resumen, ¿qué es Europa y hacia dónde se dirige?

La *configuración europea* actual no se puede comprender sin hacer referencia a los conceptos de cultura y civilización. Así, la distinción entre Europa y el Otro, en especial su 'contrario', es ante todo una diferencia cultural, construida durante siglos.⁵⁰ Para los alemanes (que se definen como un pueblo) la cultura es lo que distingue a un pueblo de otro por sus rasgos, creencias y tradiciones. En cambio, para los franceses (que se definen como una nación políticamente organizada) lo que particulariza a una sociedad son los ideales de su civilización y las pautas que la rigen, el derecho y la concepción del Estado (por ejemplo, la cultura laica). Esta diferencia es central para la construcción de la *configuración europea*, en la medida en que las dos se complementan y se *sincretizan* en la definición de la Europa actual.

La noción de civilización, como lo dice Norbert Elias,⁵¹ sobrepasa las barreras que alzan los par-

⁴⁹ Cf. Trujillo, Constanza, "Los Balcanes. Un conflicto entre culturas", en *Memoria y sociedad*, Bogotá, Revista del Departamento de Historia y Geografía, Pontificia Universidad Javeriana, vol. 2, No. 3, febrero de 1997, pp. 109-130.

⁵⁰ Cfr. Hegel, Georg Friedrich, *Leçons sur la philosophie de l'histoire*, París, L. Vrin, 1963.

⁵¹ Elias, Norbert, *La civilisation des mœurs*, París, Calmann-Lévy, 1973, pp. 14-15.

particularismos de las regiones. Ésta recoge la herencia política y económica, el bienestar y el progreso por encima de las diferencias. El concepto de cultura alemán se centra en las pautas y costumbres de los pueblos. La Europa de nuestros días trata de difundir esa civilización al conjunto de sus regiones, respetando las diferencias culturales.⁵²

No podemos negar que más allá de las diferencias regionales en cuanto a los gustos, los sabores, los olores, la comida, la estética (corporal, musical o pictórica), el ritmo y los idiomas, existen tres columnas culturales que sostienen la civilización europea: Atenas y Roma, engalanadas de rasgos provenientes de Asia occidental y del sur del Mediterráneo. Al bagaje que estas civilizaciones dejaron como herencia, vino a sumarse, desde el Renacimiento, tanto el espíritu crítico como la ciencia; a partir del siglo XVIII, la razón; desde el siglo XIX, la industria y la democracia, y durante el siglo XX, el avance considerable de la técnica, para citar los rasgos más importantes.

Lo anterior sin olvidar la importancia de la separación gradual entre Estado y religión, que im-

pera en toda Europa continental, a más de la importancia indudable de los Estados llamados *nacionales* (con razón o sin ella), con lo cual la base de la construcción europea es en la actualidad intergubernamental. Alrededor de esas nociones, Europa se define, se construye y se perfila. Esa cultura europea se distingue, como se ha visto a lo largo de este escrito, por el método crítico, frente a las leyes de lo sagrado y lo colectivo; por las nociones de individuo, de persona y de vocación personal, frente al servilismo, la postración y la sumisión; por el respeto a la pluralidad, la creatividad y la valoración de la invención en todos los ámbitos, y por la posibilidad de manifestar la diferencia y el inconformismo, la explicación de lo opuesto, del contrario y de la relatividad del mundo.

Dentro de esa herencia cultural y política característica de esa configuración, un principio fundamental es el respeto de los derechos individuales. En el proyecto europeo esta idea es la base de la tolerancia y comprensión entre las regiones y los pueblos. Sin ella Europa no sería lo que es actualmente. Ésta es la causa de algunas de las divergencias existentes con Turquía, ya que es éste

⁵² Por ejemplo, Andreas Osiander, en un excelente artículo recientemente publicado en *International Organization* ("Sovereignty, International Relations, and the Westphalian Mith", Spring, 2001), muestra una visión constructivista de la paz de Westfalia, como un modelo que se aplicó en Alemania y que podría ser útil para pensar la organización política de la Europa del futuro.

un requisito fundamental para adherir a la Unión. Éste, a la par que el diálogo entre las culturas y la apertura al mundo, es la esencia misma de los valores predicados para la construcción europea. Ahora bien, Turquía tiene un importante comercio con la Unión Europea, y todos los pronósticos indican que algún día la integrará. El éxito se lograra en la medida en que las instancias europeas logren administrar y hacer respetar sus valores, en particular la 'laicidad'.

Pero, de hecho, los problemas de una futura ampliación o no respecto de Turquía y otros países se expresan de diferente manera según el color político de aquellos quienes argumentan. Para los socialdemócratas, el asunto fundamental sería garantizar que en los países candidatos se garanticen estándares 'europeos' en materia de derechos humanos, política social, democracia, género, entre otros. Por el contrario, para la derecha europea el asunto se plantea en términos más cercanos a la religión: el cristianismo sería esencial a la identidad europea y así todo país de población no cristiana estaría excluido. Como se ve, las características exigidas por los socialdemócratas son eventualmente subsanables en un período más o menos largo, según el país; las planteadas por la derecha serían excluyentes pura y simplemente. En esas condiciones, hasta dónde llegue

la ampliación futura de la Unión Europea, dependerá fundamentalmente del resultado del juego político interno europeo.

En torno a este debate, recientemente el entorno del presidente francés Jacques Chirac manifestó su oposición a fijar una fecha para comenzar negociaciones con miras a la integración de Turquía, pese a lo propuesto por el canciller alemán Schroeder y por el primer ministro inglés, Tony Blair. Sus motivos son fundamentales y a la vez diversos: además de tener el mayor número de habitantes, sería el país más pobre de la Unión. Los otros motivos son geopolíticos. En efecto, la entrada de Turquía significaría que la Unión Europea adquiriera un papel protagonista frente al conflicto en el Medio Oriente, entre Israel y Palestina, lo cual muchos en la Unión desean evitar. Aparte de lo anterior, el hecho de que Turquía incluya en sus fronteras un territorio kurdo, cuyos límites y reivindicaciones están lejos de ser resueltos, llevaría a la Unión Europea a ser parte integrante del conflicto, algo que resquebrajaría algunas de las difíciles alianzas hasta ahora obtenidas. Por último, la vecindad de Turquía con Iraq y Siria significaría entrar a tomar una posición más activa en los conflictos regionales, y quizá un encuentro poco grato con los intereses de EE. UU. en la región.

Desafíos, Bogotá (Colombia), (10): 64-93, semestre I de 2004

En cuanto a una posible integración de Rusia, que es el país más extenso de Europa, pero que posee la mayor parte de su territorio en Asia, se plantean diferentes dudas. La primera es su visión particular respecto a las concepciones políticas europeas. Suele adaptarlas, pero es ya habitual que acepte como una revelación religiosa las ideas que Occidente le exporta; mientras tanto, Europa occidental trata de mantener una racionalidad objetiva, una posición crítica y relativista, como un legado por Descartes y la filosofía crítica alemana.

La segunda duda es que la Unión Soviética trató de mantener durante el siglo XX una hegemonía en el suelo europeo, no sólo por el avance territorial que obtuvo sobre Europa del este al término de la Primera Guerra, sino también por la supremacía política, económica y cultural que impulsó a dichos países desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Ese bloque que conformó en buena parte del espacio geográfico europeo y que se desmoronó a principios de la década de los noventa se confrontó, durante toda la segunda mitad del siglo XX, con el ideal de la *configuración europea* actual, el de crear un espacio de respeto de las libertades individuales.

El tercer asunto es que la Unión Soviética trató durante décadas de exportar su sistema comunista y su revolución a otras latitudes,

entre éstas a su vecina Europa. Hoy en día los rusos se debaten entre la ilusión de pertenecer un día a la Unión Europea y su temor de ceder una posición hegemónica propia, debido a sus dimensiones geográficas, económicas y poblacionales; así como el hecho de que la gran mayoría de la población es asiática, de la cual un importante porcentaje es musulmán. Así, la integración entre Rusia y Europa es difícil. Por el contrario, es factible que algún día surja un tratado de libre comercio entre las dos configuraciones y que la colaboración económica se incremente. También desempeñará un papel importante la posición de estos dos grandes actores internacionales frente a la China del futuro y frente a las pretensiones de Estados Unidos en Asia central.

En cuanto a Ucrania y Bielorrusia (si este último cambia de régimen y adopta los estándares europeos), podrían ingresar a la Unión en los años venideros, en especial por el interés europeo en la primera, dada su condición de país de magnitud y recursos apreciables. Estaría por definirse el estatus futuro de Azerbaiyán, Georgia y Armenia, que en los mapas forman parte del área europea, al occidente de los Urales. Claro está que los cinco países forman parte de la esfera de influencia de Rusia y de la Comunidad de Estados Independientes. Una posible adhesión de cualquiera de ellos a la Unión Europea

implica un cuidadoso reajuste de fuerza y balance de equilibrios frágiles, con la Federación Rusa.

En cualquier caso, la próxima extensión de esa *configuración europea* actual será probablemente dentro de tres años, en el 2007, cuando Bulgaria, Rumania, Croacia y posiblemente Macedonia se incorporen a la Unión Europea. Por otra parte, queda por saber si por razones de seguridad algunos países del Magreb lleguen a integrar la Unión, y con ello formen una nueva *configuración*. La historia y otras consideraciones juegan en su contra; pero todo depende de los requerimientos y la voluntad política europeas en el futuro. Estos últimos, sin embargo, alzan sus voces para reivindicar una *configuración* propia, aunque gozando de ventajas indiscutibles por medio de tratados de libre comercio con la Unión Europea.

Bibliografía

- Alligheri, Dante, *La monarchie*, París, Belin, 1993.
- Aristóteles, *La politique*, París, Lib. Philosophie, 1970.
- Bloch, Marc, "Problèmes d'Europe", en *Annales D'histoire Economique et Sociale*, tomo VII, 1935.
- Brugmans, Henri, *Les origines de la civilisation européenne*, París, Lib. Générale de Droit et de Jurisprudence, 1958.
- Camus, Albert, *Lettres à un Ami Allemand*, París, Gallimard, La Pléiade, 1984.
- Carbonnell, Charles-Olivier, et al., *Une histoire européenne de l'Europe*, Tolosa, Privat, 1999.
- Chartier, Roger, *El mundo como representación*, Barcelona, Gedisa, 1995.
- Compagnon, A. y Seebacher, J., *L'esprit de l'Europe*, París, Flammarion, 1993.
- Dostoievsky, Fiodor Michailovitch, "La Russie face à l'Occident", en *Journal d'un Ecrivain*, París, Gallimard, 1972.
- Droit, Roger-Paul (dir.), *Les grecs, les romains et nous, l'antiquité est-elle moderne?*, París, Le Monde, 1991.
- Elias, Norbert, *La sociedad cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- _____, *La civilisation des moeurs*, París, Calmann-Lévy, 1973.
- Eliot, Thomas Stearns, "The Unity of European Culture", en *Notes Towards the Definition of Culture*, Londres, Faber & Faber, 1948.
- Febvre, Lucien, *L'Europe, genese d'une civilisation*, París, Perrin, 1999.
- Finley, Moses I. y Bailey, Cyril, *L'héritage de la Grèce et de Rome*, París, Laffont, 1992.
- Gadamer, Hans-Georg, *L'héritage de l'Europe*, París, Payot, 2003.

Desafíos, Bogotá (Colombia), (10): 64-93, semestre I de 2004

- Gaillard, Jean-Michel, "1957: Le Traité de Rome est-il une invention américaine", en *L'Histoire*, París, No. 208, marzo, 1997.
- Gerbet, Pierre, *La construction de l'Europe*, París, Imprimerie Nationale, 1999.
- Girault, René, *Identité et conscience européenne au XXe siècle*, París, Hachette, 1994.
- Gonzague de Reynold, *La formation d'Europe*, París, Plon, 1957.
- Hegel, Georg Friedrich, *Leçons sur la philosophie de l'histoire*, París, L. Vrin, 1963.
- Herder, Johann Gottfried, *Idées pour la philosophie de l'histoire de l'humanité*, París, Aubier, 1962.
- Le Gendre, Bertrand, "A la recherche d'un passé commun", en *Le Monde, Dossiers & Documents*, París, 2003.
- Le Goff, Jacques, *La vieille Europe et la nôtre*, París, Seuil, 1994.
- Morin, Edgard, *Penser l'Europe*, París, Gallimard, 1987.
- Réau du, Elisabeth, *L'Idée d'Europe au XXème siècle*, París, Complexes, 2001.
- Robertson, William, *The History of the Reign of the Emperor Charles V*, London, A. Strahan, 1802.
- Rougement, Denis de, *Les chances de l'Europe*, Neuchâtel, La Baconnière, 1962.
- Rougement, Denis de, *Vingt-Huit Siècles d'Europe*, París, Payot, 1961.
- Tréan, Claire, "Europe-Turquie. Mettre fin à l'hypocrésie", en *Le Monde, Dossiers & Documents*, París, 2003.
- Trujillo, Constanza, "Los Balcanes. Un conflicto entre culturas", en *Memoria y Sociedad*, Bogotá, Revista del Departamento de Historia y Geografía, Pontificia Universidad Javeriana, vol. 2, No. 3, febrero de 1997, pp. 109-130.
- _____, "La Europa que se construye", en *Colombia Internacional*, Bogotá, Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de los Andes, julio-septiembre 1993, pp. 24-31.
- _____, "De las etnias a la confederación", en *El Espectador*, Bogotá, 21 de marzo de 1993.
- Valéry, Paul, *Regards sur le monde actuel*, París, Gallimard, 1945.
- Vico, Giambattista, *La Science nouvelle*, París, Fayard, 2001.
- Vives, Juan Luis, *60 lettres de Juan Luis Vives: 1492-1540*, París, Presses Universitaires de France, 1943.
- Wattel-de Croizant, Odile (dir.), *La dimension politique et religieuse du mythe de l'Europe de l'Antiquité à nos jours*, Tours, Centre de Recherches A. Piganiol & Christian de Bartillat, 2002.
- Weber, Max, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

Desafíos, Bogotá (Colombia), (10): 64-93, semestre I de 2004